



ETHOS DOCENTE: UNA REFLEXIÓN SOBRE EL SABER, HACER Y SER DOCENTE

Josefina Pantoja Meléndez

Instituto de Educación Superior Rosario Castellanos
vitaisabel64@gmail.com

Área temática: A.14) Educación y valores

Línea temática: 5) Ética y valores de los profesores

Tipo de ponencia: Aportación teórica



Resumen

El concepto de *Ethos* docente se nutre del término etimológico y su acepción filosófica aristotélica, en este sentido se define como “carácter propio” o identidad conformada por las características peculiares, sello o marca distintiva del docente, manifiesta en un conjunto de prácticas estructuradas por una sistema de convicciones, creencias y valores, entre los que destacan la comprensión, en toda su profundidad, de las implicaciones filosóficas del acto de educar; así como del análisis y estudio de la sociedad actual y al margen de la cual no es posible concebir los fines y objetivos de la educación. El acto educativo implica por esencia una relación con el otro. La educación es tarea de sujetos y su meta es formar también sujetos. En este sentido, el proceso educativo es específicamente un proceso humanizador y este proceso no puede concebirse como una mera transmisión de conocimientos objetivos o destrezas prácticas, sino que remite a procesos más complejos vinculados a un ideal de vida y a un conjunto de valores que los seres humanos estiman importantes. Una de las tareas fundamentales de la educación es preservar los logros de la civilización humana. El ideal básico que la educación es la Universalidad de la humanidad que significa poner al hecho humano por encima de las lógicas homogeneizantes e instrumentales del mercado.

Palabras clave: Ethos, Docencia, Educación, Filosofía de la educación, Valores del profesorado.

Introducción

Ethos es una palabra griega (ἦθος; plurales: ethe, ethea) que puede ser traducida de diferentes maneras. En su significado más arcaico se refiere a guarida o refugio: «morada o lugar donde habitan los hombres y los animales» (Homero). Posteriormente Aristóteles la definió como un «Hábito, carácter o modo de ser». En esta segunda acepción se alude a la naturaleza social del hombre; éste, desde el momento en que se organiza en sociedad crea reglas para regular su comportamiento y modelar así su carácter.

Este significado de *ethos* tendrá en la historia posterior algunas variantes que incrementarán su alcance semántico: núcleo profundo que conduce la vida (estoicismo); conducta sabia y magnánima (latín clásico); comportamiento normado por la disposición espiritual del ser humano (pensamiento neo-platónico). Es hasta su vigésimo tercera edición que el Diccionario de la Real Academia Española incorpora la palabra “etos” a su acervo, misma que define como “Conjunto de rasgos y modos de comportamiento que conforman el carácter o la identidad de una persona o una comunidad.”

De acuerdo con la anterior definición, actualmente se habla de diferentes tipos de *ethos*: el *ethos* del filósofo, el *ethos* del psicólogo, el *ethos* profesional, el *ethos* erótico, etc. Para darnos una idea de lo que se entiende por este concepto, podemos señalar que *ethos* del filósofo es el “carácter” o modo distintivo de ser filósofo, creado mediante el propio ejercicio del filosofar; el *ethos* del psicólogo es el conjunto de aquellas actitudes, normas de conducta específicas, y maneras de juzgar que caracterizan a los psicólogos como grupo sociológico. El *ethos* profesional (el de cualquier profesión) es el conjunto de cualidades éticas o valores que acompañan al ejercicio de una profesión.

En este contexto nos referimos al *Ethos* docente en tanto “carácter propio” o identidad conformada por las características peculiares, el sello o marca distintiva de la docencia, sostenida y fundamentada en un conjunto de convicciones, creencias y valores que configuran una disposición interna en el sujeto y que estructuran el conjunto de sus prácticas.

Desarrollo

Desde el interior del sujeto docente donde tiene lugar esa identidad o la configuración de su carácter. En este sentido es importante enfocar el fenómeno que nos ocupa con las luces que nos brindan los descubrimientos y aplicaciones de la Programación Neurolingüística (PNL). Gregory Bateson y Robert Dilts (1983) ordenaron en diferentes niveles los sistemas neurológicos de cambio y aprendizaje. Desde los inferiores hacia los superiores los ordenaron de la siguiente manera: entorno, comportamiento, capacidad, sistema de valores y creencias, e identidad. El entorno se refiere al medio o al contexto en el que nos desenvolvemos; el comportamiento a la manera de actuar, incluyendo tanto acciones como reacciones; la capacidad alude a nuestras

aptitudes, destrezas y habilidades en general; el sistema de valores y creencia a las convicciones y el sentido de nuestras acciones, así como las cosas que consideramos importantes y dignas de mérito; finalmente, la identidad alude a nuestras propias creencias acerca de quiénes somos y del tipo de capacidades y habilidades que nos atribuimos de una forma sistemática, coherente y constante.

Bateson y Dilts demostraron la existencia de un efecto cascada entre estos niveles, de tal manera que los niveles superiores determinan a los inferiores. Así pues, el sistema de valores y creencias y la identidad tienen un influjo directo en el ámbito de nuestras capacidades, así como en el desarrollo de nuestros comportamientos. “Quien creo que soy”, con “qué me identifico”, cómo “me califico”, son cuestiones cuya respuesta configuran los límites y alcances de las capacidades y habilidades que nos atribuimos a nosotros mismos.

Desde esta perspectiva se ha de configurar el *ethos* particular de ser docente, cuyo carácter o conjunto de rasgos distintivos e identitarios definen un perfil. Considerada de esta manera queda fuera de esta concepción la docencia en tanto profesión añadida que juega un papel vicario en relación con la profesión elegida en primera instancia. La concebimos necesariamente cimentada en un *ethos* que orienta la práctica profesional responsable y comprometida con el proyecto existencial del propio docente. Este tipo de docente estará en posibilidades de desarrollar una práctica acorde con las demandas de los aprendizajes que exige nuestra época actual así como de formar profesionistas con compromiso social y sentido ético que cuenten con una formación integral que esté a la altura de los avances de la ciencia y la tecnología y de las necesidades de desarrollo económico, político, social y cultural. Una de cuyas tareas será la comprensión en toda su profundidad de las implicaciones filosóficas del acto de educar; así como del análisis y estudio de la sociedad en la que estamos insertos y al margen de la cual no es posible concebir los fines y objetivos de la educación.

¿Para qué educar?

El acto educativo implica por esencia una relación con el otro. La educación es tarea de sujetos y su meta es formar también sujetos: “La educación es una praxis porque es un proceso deliberado que tiene como finalidad contribuir a la formación de un sujeto”. (Yurén, 2005:30 Ethos y autoformación en los dispositivos de formación de docentes). En este sentido, el proceso educativo es específicamente un proceso humanizador y podemos afirmar que lo propio del ser humano no es tanto el mero aprender como el aprender de otros seres humanos. Nuestro maestro no es el mundo, las cosas, los sucesos naturales, ni siquiera ese conjunto de técnicas y rituales que llamamos «cultura» sino “la vinculación intersubjetiva con otras conciencias” (Savater, 1997: 29-30). Juan Delval escribió que «una reflexión sobre los fines de la educación es una reflexión sobre el destino del hombre, sobre el puesto que ocupa en la naturaleza, sobre las relaciones entre los seres humanos». Y ese proceso de enseñanza nunca es una mera transmisión de conocimientos objetivos o de destrezas prácticas, sino

que se acompaña de un ideal de vida (1996: 145) y un conjunto de valores en los que se cree y que se consideran “valiosos”.

Una de los valores del *ethos* de un profesor es el optimismo. Los pesimistas nunca serán buenos maestros. Ya que “educar es creer en la perfectibilidad humana, en la capacidad innata de aprender y en el deseo de saber que la anima, en que hay cosas (símbolos, técnicas, valores, memorias, hechos...) que pueden ser sabidos y que merecen serlo, en que los hombres podemos mejorarnos unos a otros por medio del conocimiento (Savater: 18-19).

En este sentido la acción educativa tiene implícita o explícitamente su proyecto de hombre y de sociedad. La escuela es una agencia de socialización. Fue Durkheim, quien insistió de manera más nítida en este punto: «El hombre que la educación debe plasmar dentro de nosotros no es el hombre tal como la naturaleza lo ha creado, sino tal como la sociedad quiere que sea; nuestro ideal pedagógico es, hasta en sus menores detalles, obra de la sociedad.» (1975: 34)

Otra de sus convicciones que juegue un papel fundamental en el *ethos* docente será la responsabilidad. El docente debe asumir como una verdad indubitable que la construcción del hombre y la sociedad se realiza a través de la acción educativa y en este sentido, quien pretende educar se convierte en cierto modo en responsable del mundo ante el neófito, como muy bien ha señalado Hannah Arendt (1968) si le repugna esta responsabilidad, más vale que se dedique a otra cosa y que no estorbe. Hacerse responsable del mundo no es aprobarlo tal como es, sino asumirlo conscientemente porque es y porque sólo a partir de lo que es puede ser enmendado.

Una de las tareas del docente es sin duda el estudio de la sociedad contemporánea porque es a partir de la comprensión de la misma cómo podrá entender los fines, objetivos, alcances y retos de su práctica docente.

Entender nuestro momento histórico-social es un proceso complejo. Los actuales pensadores lo han tratado de comprender por contraposición al propio de principios del siglo XX (Popkewitz:2009) y al que corresponde a la sociedad moderna ilustrada (Touraine: 2000 y Bauman:2000).

La construcción del hombre y la sociedad a través de la acción educativa.

La sociedad actual puede representarse por medio del rizoma de Deleuze y Guattari (1972:13) que asocia componentes heterogéneos y múltiples que funcionan con variaciones, expansiones y ramificaciones; en la que cualquier elemento puede afectar o incidir en cualquier otro. La anterior imagen sirva para explicar la globalización omnipresente y la fragmentación de la nación que carece de centro y en la que el poder está en todas partes. Hoy somos testigos de algo que antes no existía: una sociedad cosmopolita mundial: “Somos la primera generación que vive en esta sociedad” (Giddens: 31)

Touraine agrega dos notas más a esa sociedad globalizada, cosmopolita y rizomática: el predominio de la economía y la pauperización de la vida pública e individual. Para el sociólogo francés, la sociedad actual es una sociedad de masas regida por las exigencias de la competencia económica en la que predominan el poder y la técnica, la división del trabajo y la concentración de recursos. En esta sociedad de consumo las normas sociales y los valores culturales son remplazados por la competencia del mercado.

En este contexto las sociedades han devenido en un conjunto de colectividades cada vez menos coordinadas en subculturas y en individuos; y la vida pública y la socialización han retrocedido. La identidad colectiva, al igual que la individual, es frágil en un mundo opuesto a todos los vientos del mercado, entre el mercado y la vida privada se extiende un *no man's land* (365-5).

Este diagnóstico sombrío de la sociedad actual es completado por el sociólogo Zygmunt Bauman, quien observa que la actual sociedad es refractaria a todas las formas de totalidad. El estudioso polaco utiliza la fluidez o liquidez como metáforas que le permiten aprehender la naturaleza de la fase actual de la historia de la modernidad (11-12). Advierte que en anteriores fases de la humanidad se ha luchado por “derretir los sólidos” (un Estado poderoso frente al individuo, una clase social dominante, etc.) que impedían el desarrollo y plenitud de los individuos; pero que actualmente los que se “derriten” son los espacios públicos de acción colectiva y ciudadana: “La desintegración de la trama social y el desmoronamiento de las agencias de acción colectiva suelen señalarse con gran ansiedad y justificarse como “efecto colateral” anticipado de la nueva levedad y fluidez de un poder cada vez más móvil, escurridizo, cambiante, evasivo y fugitivo” (19)

Bauman abunda en el problema ya vislumbrado por Touraine: la pauperización de la individualidad. Con el empobrecimiento de la vida pública y los espacios sociales el peso de la construcción de pautas y la responsabilidad del fracaso caen primordialmente sobre los hombros del individuo:

Sería imprudente negar o menospreciar el profundo cambio que el advenimiento de la “modernidad fluida” ha impuesto a la condición humana. El hecho de que la estructura sistémica se haya vuelto remota e inalcanzable, combinado con el estado fluido y desestructurado del encuadre de la política de vida, ha cambiado la condición humana de modo radical y exige repensar los viejos conceptos que solían enmarcar su discurso narrativo. (13-14)

Si la sociedad moderna no pretende someterse a la lógica de la acción instrumental y de la demanda mercantil, una de las amenazas ya advertida por Touraine, debe reanimar el espacio social para permitir el desarrollo del sujeto en la acción colectiva.

Como se puede apreciar la realización del sujeto implica necesariamente la apertura del espacio social pues no hay individualidades sin un marco social, ambos dependen entre sí, lo individual

y lo social son elementos que se constituyen uno al otro. El universo y la *polis*, lo global y lo local son conceptos interdependientes. Incluso para el mismo Bauman la realización de cada individuo requiere del sistema social pues las fuerzas de cada individuo no bastan: “el individuo *de jure* no puede transformarse en un individuo *de facto* sin primero convertirse en ciudadano. No hay individuos autónomos sin una sociedad autónoma, y la autonomía de la sociedad exige una autoconstitución deliberada y reflexiva, algo que sólo puede ser alcanzado por el conjunto de sus miembros” (p. 46)

Considerando lo anterior es urgente en el ámbito educativo retomar el concepto de agencia o intervención. Este concepto asume diversas formas, por un lado se refiere al 1) individuo cuyas intenciones son planificar el cambio y promover el progreso; y por otra, también abarca 2) la naturaleza, estructuras, fuerzas sociales e instituciones públicas.

Las implicaciones que tiene el concepto de agencia son variadas y muy importantes: implica el movimiento del orden objetivo de las instituciones a la esfera de la subjetividad, lo cual supone la formación de las personalidades individuales y la constitución de las personas en sujetos autónomos. Para Popkewitz: “El concepto de agencia es sagrado para la vida contemporánea en sus diferentes formas de expresión. En un escenario, el individuo es un actor intencionado que produce cambios por medio de acciones intencionales dirigidas al futuro. Las concepciones de agencia deberán otorgar la libertad individual y realización personal, [así como la] mejora social” (34)

Una de las tareas que tenemos pendiente en la sociedad globalizada, según Giddens, es fortalecer las instituciones sociales y políticas, fomentando una cultura cívica sólida y progresista que enfrente la lógica de los mercados y fortalezca la democracia. La sociedad civil es el terreno en el que han de desarrollarse las actitudes democráticas, incluida la tolerancia. Y nuestra perspectiva no puede ser nacionalista. No se debe detener en lo nacional. Somos interdependientes y el poder político se está ensanchando más allá de las fronteras nacionales (en organizaciones y gobiernos transnacionales e internacionales) (92-3)

Esta será una de las tareas de la educación, educarnos para la democracia que de acuerdo con el norteamericano Thomas Popkewitz “La democracia es una práctica continua formada por ensamblajes y conexiones históricas para [...] asegurar la cooperación social necesaria para mantener al intervención estatal al mínimo y también para ampliar la esfera de la libertad individual” (196)

Educar para la democracia desde el aula, según Popkewitz significa que la educación debe ordenar la nueva democracia mediante la construcción del conocimiento por medio de la participación y colaboración. La comunidad de aprendizaje se concibe como una herramienta intelectual en la cual el sujeto que resuelve problemas aprende habilidades de pensamiento por medio de su participación en la comunidad del aula. Se trata de un aula donde las diferencias se valoran, los alumnos aprenden a interesarse por los demás y a respetarse entre ellos, donde se plasman y aprenden los compromisos para una sociedad justa y democrática.

La educación como medio de preservación de la civilización humana y sus valores.

Para Fernando Savater la tarea de la educación no es sólo preservar la democracia sino preservar todos los logros de la civilización humana. Y, señala el filósofo español con agudeza, que en la sociedad moderna la escuela es el único ámbito general que puede preservar los logros de la civilización humana.

El contagio de unas culturas por otras es lo que puede llamarse civilización y es la civilización, no meramente la cultura, lo que la educación debe aspirar a transmitir. La tarea del educador es formar individuos autónomos capaces de participar en comunidades que sepan transformarse.

El ideal básico que la educación actual debe conservar y promocionar es la Universalidad de la humanidad que significa poner al hecho humano —lingüístico, racional, artístico— por encima de sus modismos; valorarlo en su conjunto antes de comenzar a resaltar sus peculiaridades locales. Entendiendo que nuestras raíces más propias, las que nos distinguen de los otros animales, son el uso del lenguaje y de los símbolos, la disposición racional, el recuerdo del pasado y la previsión del futuro, la conciencia de la muerte, etcétera, en una palabra, aquello que nos hace semejantes y que nunca falta donde hay hombres. Lo que ningún grupo, cultura o individuo puede reclamar como exclusiva ni excluyentemente propio, lo que tenemos en común. La misma democracia es vista desde esta perspectiva: el propio sistema democrático no es algo natural y espontáneo en los humanos, sino algo conquistado a lo largo de muchos esfuerzos revolucionarios en el terreno intelectual y en el terreno político(165-6).

Conclusiones

Comprender la dimensión de la tarea del educador es imprescindible para que ésta sea realizada de manera eficiente. Dentro de los rasgos identitarios del *ethos* del docente está la dimensión filosófica de la educación. El optimismo y la responsabilidad son premisas fundamentales en este sentido; entre ellas destacan la convicción de que en la labor docente se forma y conforma el ciudadano y la sociedad del futuro.

El docente debe partir de la comprensión del momento histórico y social en el que se inserta la educación. La de hoy es una sociedad globalizada en la que el poder y la presencia del Estado-nación se empiezan a desdibujar; asistimos a una sociedad globalizada en la que el poder político se dispersa y el espacio público pierde presencia y eficacia. En este contexto la escuela y el docente deben fomentar las prácticas relacionadas con la capacidad de agencia o intervención. Las cuales tienen relación directa con las dimensiones del saber ser y saber convivir, necesarias para hacer contrapeso a las tendencias del mundo actual en el que prevalece como hacía notar Touraine una lógica homogeneizante e instrumental a la que hay que oponer resistencias que se concretan en individuación y subjetivación. Las experiencias de subjetivación son posibles si se cuenta con competencias básicas para saber ser y saber

convivir como son la capacidad de diálogo (Yurén: 2013, *Educación y agencia*) tan importantes en la democracia y otros valores que, sin duda, han sido conquistas, no de un país en particular, sino de la humanidad entera y que hoy, en nuestra “aldea global”, (Mcluhan: 1962) deben verse como conquistas que hay que preservar. Se trata de que la educación fomente los principios de intervención humana que genera el cosmopolitismo. En este sentido, la educación tendrá como propósito fundamental preservar todos los logros de la civilización humana, aquéllos definitorios de nuestro *ethos* humano, esa segunda naturaleza que es el significado arcaico, aunque no menos actual, de la palabra griega *ethos*.

Referencias

- Arendt, H (1968.) “la crisis de la educación”, en *Between Past and Future*, Viking Press, Nueva York.
- Bauman, Z. (2000), *Modernidad líquida*, trad. M. Rosenberg y J. Arrambide, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Deleuze, D, Félix Guattari. (1972), *Capitalisme et schizophrénie. L'anti-Œdipe* Éditions de Minuit, France)
- Delval, J. (1996) *Los fines de la educación*, Madrid, Ed. Siglo XXI.
- Dilts, R. (1983) *Aplicaciones de la Programación Neuro-Lingüística* , Meta Publicaciones, Capitola, CA.
- Durkheim, E. (1975) *Educación y sociología*, Madrid, Península.
- Giddens, A. (2002) *Un mundo desbocado*, Madrid, Taurus.
- Latapí, P (2008) *Una buena educación: reflexiones sobre la calidad*. Recuperado en Magna conferencia del Dr. Pablo Latapí Sarré en la Ciudad de Coatzacoalcos, Veracruz, México. Con motivo del Premio Evaluación Educativa 2007 – 2008
- Popkewitz, T.S. (2009) *El cosmopolitismo y la era de la reforma escolar*, trad. Viviana Aubele, Redactores en red, Madrid, Morata.
- Savater, F. (1997). *El valor de educar*, Ariel, Barcelona.
- Touraine, A (2000) *Crítica de la modernidad*, México, FCE.
- Yurén, M.T. (2005), *Ethos y autoformación del docente. Análisis de dispositivos de formación de profesores*, Barcelona, Pomares.
- (2013), *Educación y agencia. Aproximaciones teóricas y análisis de dispositivos*, México, Ed. Juan Pablos.